

Sally Carson

LA CRUZ TORCIDA

PERIFÉRICA



LA CRUZ TORCIDA

LARGO RECORRIDO, 218

Sally Carson
LA CRUZ TORCIDA

TRADUCCIÓN DE JESÚS GONZÁLEZ YUMAR

EDITORIAL PERIFÉRICA

Kranach era igual que cualquier otra ciudad mercantil de Baviera. Su encanto residía en la ubicación. Se encontraba al sur de Múnich, pero no al pie de las montañas, como ocurría con algunas de las otras poblaciones. Más bien, se fundía con ellas; desde allí no se veía el altiplano en el que se situaba Múnich, oculto por los primeros salientes de los Alpes. Las cumbres más altas que estaban a lo lejos no parecían tan elevadas como vistas desde la llanura. Al ubicarse en las propias montañas, el valle de Kranach no parecía estar tan arriba. La calidad del aire era la única señal que indicaba que uno se encontraba a una altitud mayor que Múnich.

Kranach tenía todo el encanto de los lugares alejados de las prisas y las preocupaciones de las grandes ciudades a pesar de que apenas estaba a unos tres kilómetros de Lurnau, en la línea de tren que unía Múnich con Innsbruck. Las vías cruzaban la frontera alemana en Kiefersfelden. Allí las montañas no suavizaban sus abruptas formas, sino que se agrupaban en sierras y cordilleras, de modo que, al viajar en tren de Múnich a Kufstein, el pueblo de la frontera austríaca, el ascenso era tan gradual, suave y ligero que apenas era perceptible.

Kranach se deleitaba con el sol. Tenía más horas de luz que muchos de los otros pueblos, y el extremo final, donde se encontraba el hogar de los Kluger, era el lugar más soleado de todos. El resto de las casas de la zona quedaban a la sombra desde primera hora de la tarde, al contrario que la de los Kluger, que estaba emplazada en un terreno elevado. Desde

allí arriba, se podían ver las demás viviendas y una esquina de la plaza. Aunque el huerto descendía de forma abrupta hacia el río, si uno saltaba por encima del muro del jardín trasero y caminaba veinte minutos montaña arriba, llegaba al pequeño saliente por el que se cruzaba directamente a la pronunciada ladera del monte Nagelspitze. Ese saliente del Nagelspitze que había sobre el valle era lo que Lexa siempre había llamado *mi montaña*.

—No es una montaña de verdad —solía contestarle Erich—. Sólo es un pedacito.

Sin embargo, a él y a Helmy les gustaba tanto como a Lexa, y de niños se pasaban las horas jugando allí. Había peñascos abruptos, senderos cortos y pequeños riachuelos que corrían rápido. En todas las estaciones del año, presentaba los rasgos propios de una montaña de verdad, pero sin los peligros correspondientes. A frau Kluger nunca le preocupaba que los niños estuvieran en la montaña. Allí no podían hacerse daño, y ella podía echarles un ojo desde la ventana de la cocina. Además, así no tenían excusa para llegar a casa en menos de diez minutos después de que ella sacara por la ventana la bandera de la cena: un trozo de tela viejo que había teñido a duras penas con tinta roja y que había cosido a un bastón.

Desde la montaña, la vista lo abarcaba todo. Se veían las callejuelas de Kranach y uno podía intentar adivinar qué chimenea era la de Elsa, cuál era la de Thea y Christo, y cuál era la de Hermann. Se podían contar las vacas que había en la ladera de enfrente y ver los destellos del agua del río que bajaba por la pradera hasta el puente del camino Riefel.

De hecho, cuando los niños iban al Nagelspitze, no cruzaban el pueblo y el río para subir después desde allí, aunque fuera más rápido, sino que preferían rodear *su montaña* y tomar el camino Riefel al otro lado del pueblo. La casa de los Kluger, como estaba ubicada en la zona sur del valle, contaba con la desventaja de que el resto del pueblo la separaba del Nagelspitze.

—Pero le da el sol todo el tiempo —dijo Kluger la primera vez que había ido a ver la casa con su mujer.

—¡Mucho mejor para los niños, Hans! —le había contestado con alegría frau Kluger al pensar en los bebés.

Y él se quedó con la casa.

A ella le había encantado desde el primer momento. Le había gustado mucho el pequeño huerto de manzanos y las vistas desde la ventana de la cocina. Ya entonces sintió que aquél sería un hogar feliz para su familia.

Como a todos los niños, a los tres pequeños Kluger aquel entorno les parecía el único en el que podían vivir. Bastaba un sitio agradable y estar relativamente bien alimentados para ser felices. Lo único importante era poder crecer, desarrollarse y experimentar, jugar a los propios juegos, preguntar todas las dudas que surgieran y tener a alguien que los acogiera y los quisiera, alguien con quien llorar cuando se hacían daño al caerse o cuando tenían un resfriado. Eran felices si tenían un par de esquís en cuanto aprendían a caminar y si tenían un árbol de Navidad y muchos huevos de colores en la fiesta de Pascua.

Cuando Lexa fue un poco mayor, pronto se dio cuenta de que sus amigos la envidiaban. En las tardes que tenían libres, siempre competían por ver quién iba a tomar el té con los Kluger. No es que la comida fuera buena; no lo era, pues el trabajo de Kluger en la oficina de correos no les daba sino para las necesidades básicas. Aquellos escandalosos niños no sabían en realidad por qué les gustaba ir a casa de los Kluger. Tal vez se debiera a que allí no había nada especial que hacer; frau Kluger siempre estaba demasiado ocupada para planificar nada y, con tal de que no molestaran a herr Kluger mientras éste leía el periódico, podían subir corriendo a la montaña, trepar a los manzanos o chapotear a orillas del río cuanto quisieran.

Además, siempre había trabajillos por hacer. Jugar a cualquier juego tonto no era tan divertido como ayudar a herr

Kluger a serrar los troncos, a apilar las manzanas en el desván o a poner la mesa para tomar el té y apostar a que no faltaba nada. A veces frau Kluger les dejaba darle la vuelta al pan en el horno o cortar tiras de hojaldre. Luego les daba permiso para comerse los pedazos que no cabían en el molde y alguna vez los premiaba con un pedacito de la cáscara de alguna fruta.

Así pues, tanto a las niñas como a los niños les encantaba ir a casa de los Kluger, aunque Erich y Helmy tuvieran una hermana. Más adelante, los niños acudían por Lexa y no tanto a pesar de que ella estuviera allí. Sin embargo, la casa siempre había estado llena de gente, y los cambios al crecer habían sido tan sutiles, tan paulatinos, que ninguno de ellos los había notado, Lexa la que menos. Al criarse entre chicos, pasó de ser una niña desgarbada y tímida a ser una señorita sin darse cuenta siquiera.

Hasta que cumplió los dieciocho, no fue consciente de que había gente como Christo Renner que prefería tumbarse con ella al borde de la piscina antes que lanzarse al agua con Erich. A Lexa le parecía lo más natural del mundo nadar con Hermann y después tenderse a tomar el sol junto a la piscina con el resto de los jóvenes mientras Christo y él velaban por su espalda, que poco a poco se iba bronceando. También estaba la opción de ir a la pradera. Podían llevarse la toalla de baño y extenderla sobre el césped, bajo los sauces, si les apetecía tumbarse a la sombra.

Elsa Hartl fue la primera que le habló de chicos a Lexa. Era un año más pequeña, tenía la edad de Erich. Pero Lexa, que la conocía desde siempre, tenía la sensación de que Elsa era mayor. Juntas hablaban de todo o, más bien, Elsa hablaba y Lexa se reía, escuchaba y hacía comentarios interesantes y apropiados.

—A Christo le pareces muy guapa.

—¿En serio? Ojalá pudiera decir lo mismo de él —se rio Lexa.

Christo era un encanto, pero tenía la cabeza redonda, de pelo rubio y erizado, y sus pestañas eran casi blancas.

—Que los chicos sean guapos da más o menos igual —continuó diciendo Elsa—. Pero Christo dice que en una chica no hay nada más importante que ser atractiva. Dice que es para lo único que sirven: para que las contemplen.

—¡Puf! —contestó Lexa—. ¿A que le echo una carrera buceando en la piscina? Eso sí que es útil cuando hay gente como Erich por ahí.

—A Erich le parezco atractiva, por cierto —la interrumpió Elsa—. Y a Helmy también.

Lexa, que se sentía más cómoda con ese tema, le preguntó:

—¿Cómo lo sabes? Apuesto a que Helmy no te lo ha dicho.

—Pero Erich, sí.

—Bueno, de eso no te puedes fiar. Erich dice lo mismo de cualquier chica que no sea muy fea.

Elsa disimuló su disgusto con una sonrisa.

—De todas formas, me gusta más Helmy —confesó, y Lexa la miró y pensó por primera vez en el buen criterio que tenía Elsa. No es que por lo general fuera estúpida, pero Lexa nunca había entendido sus habilidades, aunque sí que envidiaba bastante su afilado rostro, menudo y austero, y su pelo, rubio y suave.

Lexa no veía el sentido a los disparates que hacía Elsa. Ella misma había sido enérgica e impulsiva de pequeña, entusiasta incluso. Sin embargo, lo que hacía Elsa en el colegio, dejarse caer gotitas de lacre ardiendo en el dorso de la mano y contar cuántas veces podía hacerlo sin llorar, era una locura.

—No es ninguna locura —se excusó Elsa—. A ti te da miedo. Nada más.

—¡No es verdad! —respondió Lexa enfadada. Con doce años, una acusación tan espantosa como aquella, que podía hacer que los chicos la despreciaran, le dio más ganas de llorar que la idea de quemarse con el lacre—. No me da miedo.

—¿Y por qué no lo haces? —se burló Elsa.

Con la cara tensa y arrugada de la emoción, Elsa volvió a encender la vela.

—Porque no tiene sentido. No me da miedo nada que tenga sentido.

Al cabo de unas semanas, le pidió consejo a Helmy, solemne y desesperadamente. Su hermano, que tenía quince años, era una persona importante para Lexa.

—Claro que tenías tú razón —la consoló—. A Elsa esas cosas le parecerán bien, pero tú te harías daño en las manos por estar jugando... Es graciosa Elsa, pero la tengo calada.

Lexa había olvidado ya el laque y había empezado a batallar con el piano. A veces lo odiaba, sobre todo cuando había que afinarlo y su padre le decía que no podían permitírselo. Pero empezó a valorar el traqueteo que se oía en su interior y el do central, que nunca sonaba como debía, desde que sus dedos fueron lo suficientemente largos como para tocar piezas de verdad: Chopin, Händel y todo lo que les gustaba a Helmy y a su padre. A ella le hacía más ilusión acompañar a Erich cuando tocaba la guitarra: viejas canciones populares, piezas de obras musicales que nunca habían visto, canciones que los soldados habían cantado en la guerra.

A frau Kluger le gustaba todo. Ahora que sus hijos habían crecido y no tenían tiempo para cosas así, aquellas tardes de verano que había pasado escuchándolos tocar le venían a la memoria como la nítida imagen de la felicidad. Aún recordaba el balanceo de los hombritos de Lexa al ritmo de la música, los rostros de todos a su alrededor a la luz de las velas, las voces claras y jóvenes: la de Helmy, siempre desafinada, y la de Elsa, aguda y entremezclada dulcemente con los coros esporádicos de Hans en el estribillo. Todavía recordaba las finas manos de Lexa recorriendo las notas sin descanso.

—Y ahora «Rosestock, Holderblüt», Lexa...

—Y ahora «Im Wald und auf der Heide»...

—Vamos, ¡tócala de nuevo! —solían gritar cada vez que terminaba una canción.

Y así continuaban hasta que la vela dejaba de iluminar las teclas y frau Kluger se negaba a darles otra no porque no pudiera permitírselo, sino porque creía que Lexa ya estaba cansada, porque frau Renner se quejaría de que Christo se había vuelto a quedar afónico y porque todos habían empezado a forzar la vista para leer las partituras.

Tras una de aquellas fiestas, mientras esperaba a Christo y a Thea en la puerta, Elsa le dijo a Lexa:

—Tienes una familia muy bonita.

A ella le había gustado mucho la manera en que se lo había dicho.

—Madre no opina lo mismo —se rio, pero sabía a qué se refería, pues Elsa, pese a la tosquedad de su belleza y a la brusquedad de su voz, cuando quería, era capaz de hacer que una frase sonara de lo más dulce y amable.

Muy contenta, Lexa cerró la puerta cuando se marcharon y llamó a los demás desde la entrada. Ellos eran su familia, su gente: padre, con sus quejas por el desorden alrededor del piano; Erich, arrodillado para recoger la guitarra; frau Kluger y sus madejas ordenadas; Helmy, en pie, con la mirada soñadora posada en ella mientras intentaba tararear una última canción. La puerta estaba cerrada y la llave echada. Aquélla era su casa, la vida de todos ellos, la vida de Lexa.

Al mirarlos a todos por primera vez de manera un poco más objetiva, vio que eran personas normales y corrientes: un padre normal y con bigote, como cualquier otro; dos muchachos normales que eran sus hermanos, y una madre normal con el pelo canoso y la mirada cansada, como las madres de muchos otros. Ellos eran su familia; no le hacía falta nada más.

Una sensación de paz inmensa la invadió. ¿Era consciente por primera vez de lo que era el amor? ¿Se estaban despertando sus instintos maternos?

Fue de prisa hasta donde estaba su madre. «No tiene tantas canas», dijo para sus adentros, y se echó en su regazo.

—Te estás haciendo mayor para estas cosas, cariño —le dijo ella rodeándola con un brazo.

—Déjeme volver a ser niña un ratito, madre —susurró con un hilo de voz por culpa del nudo que se le había formado en la garganta.

—Si te siguen creciendo las piernas, acabarás siendo una gigante —le dijo Erich—. Y luego serás feísima.

—Así podré darte mejores patadas —le contestó Lexa. Sin embargo, no se movió de allí, ni siquiera para darle un puntapié a Erich, que le daba la espalda, aún concentrado en su guitarra.

Lexa nunca sabía por dónde le saldría Elsa. Desde el incidente de las quemaduras en la mano, cada una reaccionaba a todo de manera muy distinta. Thea Renner era diferente, una versión más atractiva de su hermano Christo, pero con el mismo buen humor y la misma serenidad. Siempre sabías qué esperar de ella.

En cambio, Elsa no era así. Siempre daba la sensación de que quería que se hiciera lo que ella deseaba y, si no lo conseguía, le gustaba que fuera al revés. Tenía personalidad y carisma, pero no era cariñosa y en ocasiones a Lexa, generosa y dulce de espíritu, le resultaba fría, extraña. Sin embargo, en muchos aspectos, era la mejor amiga que tenía no tanto por elección como por las circunstancias que la rodeaban.

Cuando era niña, Lexa la había admirado, aunque desde entonces ya la inquietaba un poco. Más adelante, a los dieciocho años, los modales y el comportamiento de Elsa le molestaban. Lexa era muy entregada; Elsa o bien se aferraba a ti, o bien te ignoraba y se alejaba con desdén y frialdad.

Cualquier otra chica con un carácter distinto al de Lexa habría entendido por qué Elsa tenía aquellos cambios repentinos de actitud. Lexa era mucho más atractiva, tenía mejor figura, era infinitamente más encantadora y, aunque no le importara demasiado, recibía la admiración del tipo de muchachos que

le gustaban a Elsa. Y ahí era donde entraba Helmy: estaba obsesionado con Lexa; solía comparar al resto de las chicas con ella. Lexa encarnaba unos estándares que eran muy difíciles de alcanzar. Seguramente a Elsa, a quien Helmy le llamaba la atención, aquello le molestaba.

Elsa también era demasiado intensa y crítica con los demás. Tenía una lengua muy afilada y eso le impedía ganarse el cariño sincero que los demás profesaban a Lexa. Los muchachos jóvenes no siempre buscan consejo y, si bien Lexa se limitaba a gastarles bromas, Elsa se burlaba de ellos. Aun así, Lexa le tenía bastante aprecio; se conocían desde hacía mucho y se veían muy a menudo.

Sin embargo, desde que dejaron de ir a la escuela y ambas empezaron a trabajar, se habían distanciado. Ya no compartían confidencias como antes. Seguían siendo buenas amigas, pero Lexa sentía que Elsa ya no tenía el mismo interés que ella en su amistad. Y eso la había preocupado.

Pero, cuando conoció a Moritz y, más adelante, se prometieron, todo cambió. Había tenido en ella el efecto de atenuar la despiadada e implacable naturaleza de la juventud.

—Ahora que te he encontrado, siento que también quiero más al resto de la gente—solía decirle ella.

Olvidó lo que antes le molestaba de Elsa, se volvió más tolerante con los bombardeos políticos de Hermann, con el fervor por Hitler de Christo. Incluso se mostraba más amable con su madre. Parecía haber tanto cariño y regocijo entre ella y Moritz que tenía más que suficiente para dar y regalar.

Si comparaba los problemas que antes la atormentaban con la inmensa fortuna que los había unido y con la felicidad que compartían, resultaban de lo más intrascendentes. Cuando el corazón está en calma y rebosa alegría, no cuesta nada ser comprensivo con los demás.

En el caso de Lexa y Moritz, la felicidad, que provenía del sentimiento de plenitud y realización que se proporcionaban mutuamente, se transmitía a todo el que se acercara a ellos.

Moritz, feliz y lleno de vitalidad como nunca, se llevaba aún mejor con sus compañeros. Se convirtió en todo un portento en su trabajo. Lexa estaba más cariñosa en casa: se mostraba menos distante con los mayores de lo que había estado en años. No tenía tantas ganas de discutir con Erich, y su relación con Helmy, lejos de haberse deteriorado por su nueva vida con Moritz, se volvió aún más fuerte y valiosa.

Lejos de aburrir a sus amigos con su compromiso o dar la impresión de que preferían pasar el rato a solas, estaban más solicitados en las fiestas, en las excursiones de esquí y en los bailes. Sin Lexa, Moritz había sido un muchacho alegre, divertido e inteligente; sin Moritz, Lexa había sido una joven encantadora, atractiva e interesante. Pero juntos eran todo eso y más. Habían sido indispensables en todas las fiestas de los últimos dos inviernos.

—No eres como las demás —le dijo Moritz a Lexa una noche al salir de un baile—. ¿Por qué no te importa que baile con otras?

—Porque sé que en realidad preferirías estar conmigo. Sabes que yo siento lo mismo que tú, ¿verdad?

—Claro. Si no, sería insoportable. Cariño mío, me da igual, siempre y cuando no le sonrías mucho a nadie ni seas simpática de más. Se pensarían que eres suya y yo no podría hacer nada.

—Espera a que nos casemos —dijo Lexa.

—Cuando nos casemos —le respondió Moritz con tono firme—, ¡te prohibiré hablar con cualquier hombre que tenga entre ocho y ochenta años!

Aunque sólo llevaban esperando dos años para la boda, a Lexa y a Moritz el tiempo se les había hecho eterno. Hacía casi tres años que se habían conocido. Moritz trabajaba en Múnich y solía regresar a Kranach para pasar los fines de semana en casa de sus padres. Fue entonces cuando conoció a Lexa.

Primero había conocido a Erich, y le había parecido un joven muy divertido y gracioso. Se había sorprendido al enterarse

de que tenía un hermano con la sensibilidad de Helmy y una hermana con la inteligencia de Lexa. Imaginaba que la hermana de Erich podía tener cierto encanto, pero no que reuniera todas esas cualidades. Con quien primero entabló amistad fue con Helmy y, pese a que se veían con bastante frecuencia, no conoció a Lexa hasta mucho después. Entre semana estaba ocupado en Múnich; los fines de semana a menudo estaba de guardia, de modo que se perdía muchas de las excursiones de esquí y de las fiestas en las que el resto de los jóvenes practicaban el arte de conocerse.

Lexa y él se habían gustado por instinto desde el comienzo, puede que ya entonces se amaran. Fue en aquel primer encuentro cuando Moritz se dio cuenta de lo mucho que Lexa le importaba. A menudo pensaba que nunca olvidaría aquella noche. Hacía frío, el cielo estaba despejado y corría una brisa con un suave olor a nieve procedente de las montañas.

Helmy se había encontrado a Moritz al salir de la estación.

—Ven a casa a tomar el té —lo invitó—. Mi hermana acaba de llegar de Fráncfort. Quiero que la conozcas.

—¿Cómo es? ¿Se parece a ti o a Erich?

—A ninguno de los dos.

—¡Qué bien! —Moritz se rio del gesto serio de Helmy.

Así fue como acabó allí, en parte porque quería ver en qué se había convertido aquella niña de piernas largas que aparecía en las fotografías de Helmy. Pero, sobre todo, había ido por el té caliente, porque las ventanas de la casa de los Kluger, con las cortinas corridas, parecían más cálidas y acogedoras que la nieve y porque el viento helado le estaba congelando la nariz y el mentón.

Se sacudieron la nieve de las botas mientras Lexa se calentaba al otro lado de la estufa. Ella no se movió, puesto que no esperaba visita, y Helmy entró en la cocina sin percatarse de su presencia.

Moritz la vio antes de que ella lo viera a él. A contraluz, Lexa tenía una mano apoyada en la estufa y sólo se movía para

pasar las páginas de un libro. Sorprendido por el repentino movimiento de aquella figura inmóvil, Moritz se acercó a ella.

—Soy Moritz Weissmann, amigo de Helmy —se presentó. Y luego, sin entender muy bien por qué, añadió—: Me he dejado los guantes en el tren.

Lexa se rio. Dejó el libro sobre la silla y contestó:

—Debes de tener frío. Déjame ver. —Extendió los brazos y tomó las manos de Moritz en las suyas.

Lo único que supo Moritz en aquel instante fue que todo su ser se sentía atraído por aquella colegiala tan alta que le sujetaba las manos y parecía querer acercarse a él. En ningún momento pensó: «La quiero. Tiene un cuerpo precioso. Me he enamorado de ella». Simplemente tuvo claro que aquél era el instante que tanto había esperado, que por eso soplaba un viento tan frío y se había olvidado los guantes. Lo único que sabía era que la luz le llegaba a Lexa desde atrás y, cuando ella de pronto giró la cara, descubrió que tenía los ojos grises, si bien él había pensado que serían marrones.

—Entonces, ¿a quién se parece? —le preguntó Helmy cuando lo volvió a ver.

—No lo sé. —Moritz se dio cuenta de que no tenía ni idea de cómo era Lexa. Sólo recordaba que aquella noche se había marchado de casa de los Kluger con una sensación de descanso y paz, como si hubiera llegado al final de un largo camino.

Mientras el año 1932 se acercaba a su fin entre lluvias y tormentas, el panorama político de Alemania comenzó a agitarse con inesperada rapidez.

Aquel otoño se había ido extendiendo cierto malestar por el país. El partido nazi, mejor organizado y con mayor apoyo, si bien no de personas importantes, sí de parte de quienes tenían algo de poder, atraía cada vez a más afiliados. Proseguía su guerra contra el comunismo con una dureza implacable,

incluso en detrimento de sí mismo. Sus enemigos eran los socialdemócratas, los comunistas, el Partido Democrático y los judíos, aunque de momento no fuera oportuno declararse abiertamente en contra de estos últimos.

La cautelosa actitud de los periódicos, los repentinos estallidos de violencia por todo el país y la amenaza que constantemente se cernía tanto sobre los comunistas como sobre los nazis avivaron la llama de la agitación. En ocasiones provocaba una pelea entre dos o tres hombres, reyertas personales que había que resolver, rabia contenida en agresiones insolentes. Más a menudo, se veían implicadas calles enteras; en lugar de una o dos muertes y un puñado de hombres heridos, los números alcanzaban proporciones alarmantes. De vez en cuando, acababan involucrados pueblos enteros. Los más tranquilos y pacíficos, quienes no se metían en política, cerraban las puertas y esperaban a que dejaran de oírse los tiroteos y los pasos apresurados. Las calles no eran seguras; las noches transcurrían con inquietud.

A medida que se acercaban las elecciones de noviembre, la incertidumbre impregnaba el ambiente. Los miembros del partido nazi no estaban satisfechos: querían que Hitler fuera canciller. No habían logrado ni una décima parte de lo que buscaban. Los comunistas, con los ánimos tan exaltados como los nazis, no tenían tiempo para percatarse del letargo y la hastiada indiferencia con que la mayoría de la gente observaba el desorden político.

Cuando se celebraron las elecciones se demostró que el partido nazi aún no había ganado mucho terreno. Sin embargo, a lo largo del mandato de Von Schleicher, durante los oscuros días de lluvia otoñal que precedieron a la llegada de la nieve, fue captando cada vez a más simpatizantes. Avanzaba lentamente, sin pausa. Su fuerza no radicaba en el aumento de popularidad que había tenido en los distritos importantes y más poblados: más bien se debía a que estaba calando en lugares periféricos, en los pueblos de montaña, en familias que

hasta entonces eran ajenas al papel que tenían que desempeñar en la vida del país.

Durante las Navidades, se produjo un cambio lento y sutil en aquellos que tenían problemas para salir adelante en lugares como Kranach o Lützing. Empezaba a ser difícil que familias corrientes, como los Kluger, no prestaran atención a los asuntos políticos. Aunque Kluger llegara demasiado cansado del trabajo, aunque frau Kluger tuviera la cabeza en otros asuntos familiares y domésticos, aunque Lexa se entretuviera preparando la boda y la esperara con ansias, era imposible ignorar ciertos rumores de altercados que incluso ellos, perdidos en el profundo sur de Alemania, escuchaban algunas veces.

También había que tener en cuenta a Helmy. Llevaba tres años sin empleo. Al terminar el instituto, había tenido suerte y enseguida había encontrado un puesto en una oficina de Múnich. Un año después, la empresa para la que trabajaba había echado el cierre: sus servicios ya no eran necesarios. Así pues, al igual que muchos otros jóvenes de su edad en aquella época, había tenido que iniciar una incesante búsqueda laboral, una búsqueda que empezó con ardiente optimismo y que con el paso de los meses y los años había caído en el abatimiento.

Helmy había tenido que valerse por sí mismo, y los recursos que encontró a mano fueron los del partido nazi, que lo acogió de buena gana. En 1929 se afilió al partido y empezó a dedicarle incondicionalmente los ratos libres que tenía entre los trabajos temporales y la desesperada búsqueda de un empleo permanente. En aquel momento, a medida que el partido iba cobrando mayor importancia, él y sus amigos comenzaron a ganar nuevos adeptos en Kranach: su padre escuchaba sus discursos políticos con más respeto y Erich ya no los miraba con desdén burlón.

Era el principio de un cambio para personas como Helmy, para todo el mundo. Algo nuevo parecía abrirse paso dentro de ellos mientras los primeros vientos del este ahuyentaban la

lluvia de los sombríos últimos días de diciembre y daban paso a las pequeñas ventiscas de nieve.

Cuando el viento sopló con mayor rigor, todos estaban más irritables. Kluger ponía el grito en el cielo cada vez que alguien salía. Frau Kluger se quejaba de que sus hijos y Lexa salían demasiado y sin suficiente abrigo. Cuando acariciaban a *Mitzi*, su pelaje desprendía chispas y ella se marchaba enfadada con las orejas hacia atrás. Todos los días alguien se metía en problemas por entrar y dejar la puerta abierta. Hasta la estufa estaba de mal humor y se negaba a funcionar como correspondía.

También el pueblo parecía estremecerse bajo la escarcha y la nieve que caía del apagado cielo plomizo día sí y día también. Los Kluger tenían bastante leña almacenada y el padre se ocupaba, hasta altas horas de la noche, de cortarla en el cobertizo que había detrás de la casa. Después, se echaba el aliento en la punta de los dedos al entrar en la salita de estar, se quejaba de que tenía los pies fríos y protestaba porque la estufa no calentaba lo suficiente.

—¿Por qué no te pones las zapatillas abrigadas, Hans? Las que te regalé por Navidad —le preguntó frau Kluger una noche—. Ésas tan viejas no te protegen bien del frío.

Él gruñó, lo que levantó las sospechas de frau Kluger.

—¿Dónde están las zapatillas? ¿Qué has hecho con ellas, Hans? ¡Se las has dado a Erich!

—Claro que no, se las he prestado.

—¡Se las has prestado! Pues ése es el último par que te voy a regalar. Ya me da lo mismo que se te enfríen los pies.

Herr Kluger suspiró. Miró de reojo a su mujer para comprobar si estaba enfadada de verdad. Con la convicción de que recibiría todos los cuidados que necesitara en caso de sufrir otro ataque de reumatismo aquel invierno, se acomodó en la silla y se puso las zapatillas viejas.

De pronto, en cuestión de un par de noches, el tiempo cambió de arriba abajo. Las nubes grises se despejaron y dejaron

paso a un cielo azul brillante. Los laboriosos trabajos para retirar la nieve de las carreteras continuaron. Hubo que romper el agua congelada de los abrevaderos para que las vacas pudieran beber. Bajaban de las montañas y avanzaban con paso silencioso hasta el refugio que había por debajo de las casas de Kranach. Nunca se habían escuchado tan bien los cencerros. Como los rayos de sol daban calor, nadie se daba cuenta de que seguía haciendo un frío espantoso.

Por las noches, el aire destellaba y resplandecía. Los más jóvenes patinaban en el río. Los niños competían por ver quién llegaba antes al mercado esquiando por los callejones; luego se quedaban mirando las tiendas iluminadas y se reían al ver que su cálido aliento derretía los motivos que la escarcha formaba en los cristales.

Cuando llegó el año nuevo, Baviera estaba blanca y completamente cubierta de nieve. No se veía el color de las iglesias, ni de los tejados, ni de las praderas por las que discurrían el Isar y el Danubio, ni de los enormes pastizales que en verano se llenarían de maíz. No se oían los ríos. La nieve iluminaba los bosques que se extendían hasta el pie de los Alpes, al sur.

La primavera podía esperar. Para el verano aún quedaba mucho. Entonces el aliento de las montañas se adueñaría de todo. Ahora tocaba descansar, esperar y dormir hasta que la nieve se fundiera y desvelara un nuevo país que descansaba en brazos del año nuevo.